

El contacto personal con Cristo (pp. 29-30) en la oración y en los sacramentos constituye el eje central de la vida del sacerdote. Su trabajo pastoral no resulta de una técnica más o menos estudiada y asimilada; la pastoral, sobre todo, nace del Corazón de Cristo (p. 34). El sacerdote se hace también voz pública de la Iglesia que ora a Dios con el rezo del Breviario (pp. 73-75).

Con extraordinaria claridad y sencillez el autor saca a la luz la sutil tentación que aparece a menudo en la vida del sacerdote: la autosuficiencia y de la desunión. «Cuando expresamos reservas subjetivas e infundadas sobre el Magisterio, sobre las decisiones y actuaciones del Santo Padre y de la Iglesia, del Obispo y de nuestros superiores, en realidad nos anteponeamos nosotros mismos al Señor, damos precedencia a nuestro corto y parcial punto de vista sobre la sintética y global visión de la Iglesia» (pp. 76-77).

Algo esencial en la vida del sacerdote es, sin duda, la Eucaristía bien vivida, con unción y respeto, viviendo personalmente

el encuentro con el misterio, dando prioridad al Señor, conscientes de que «no somos nosotros quienes salvamos al mundo» (p. 83). El sacerdote debe hacer vida en él mismo las palabras de la consagración de modo que, con Jesucristo, pueda decir también con verdad sobre su propia vida... «que se entrega por vosotros» (p. 92).

En definitiva, recuerda el autor, la fuente de la identidad del sacerdote es Cristo y la vida de unión con Él. Éste es el sacerdote que necesita la Iglesia y el mundo: «un sacerdote enamorado del Señor, de la Iglesia, de la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, y de su propia vocación, se convierte en rayo de luz» (p. 151).

Este breve pero intenso libro resulta una estupenda lectura, llena de amor al sacerdocio, escrito con claridad y optimismo, en continuidad con el magisterio de Benedicto XVI. De gran interés, sin duda, para seminaristas y sacerdotes.

José Manuel FIDALGO

Laurent TOUZE, *L'avenir du celibat sacerdotal et sa logique sacramentelle*, Paris: Parole et Silence, 2009, 281 pp., 15 x 23,5, ISBN 978-2-283-61091-6.

El autor, profesor asociado de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, aborda en primer lugar la cuestión desde sus orígenes históricos, sobre todo a partir de los últimos estudios de Christian Cochini y Stefan Heid (cfr. pp. 15-22), donde se muestra que los ministros de los primeros siglos –casados o no– estaban sujetos a la ley de la continencia. Sin embargo, esta razón histórica resulta insuficiente si no está iluminada también por razones teológicas, afirma el autor. En este sentido, rechaza tanto considerar el celibato como una tradición apostólica *strictu sensu*, como hacer de ella una venerable tradición antigua que no tendría

implicación alguna en el momento actual. Es decir, hacer del tema del celibato una mera cuestión histórica que pertenece a un momento superado dentro del decurso temporal. Sí lo será sin embargo en sentido estricto en el caso del obispo –sigue diciendo–, por lo que –al proponer el Vaticano II la sacramentalidad del episcopado y la unidad entre obispos y presbíteros– se podrían mantener unidas las respectivas disciplinas en torno al celibato (cfr. pp. 22-27). Sin embargo, afirma Touze, el motivo fundamental será teológico, y no meramente canónico o histórico: por un lado recuerda y analiza el carácter nupcial de la entrega en

el celibato y, por otro, la vida del sacerdote como imitación del don total de Cristo a su esposa, la Iglesia (cfr. pp. 37-74).

El libro se detiene en efecto con atención en la espiritualidad nupcial, que llenaría de contenido teológico esa donación exclusiva. Tras abordar un estudio bíblico y patrístico (pp. 75-11), el autor concluye: «La nupcialidad constituye una manera de narrar la historia de la salvación, como explicación especial de cómo los sacramentos la renuevan a través de los tiempos y cómo se insertan allí los fieles» (p. 111). De esta forma, según Touze, los motivos teológicos estarían incluso por encima de los psicológicos. Sin embargo, continúa diciendo, los autores medievales pasarán de esta formulación esponsal a otra más sacramental: el sacerdote se inserta en la salvación divina a través de los sacramentos, la cual requiere a su vez una respuesta plenamente libre del hombre. Además, la dispensación nupcial de la salvación, pasa por medio del ministerio y de los sacramentos. Este servicio a la dispensación de la predicación y de los sacramentos justificaría ya en sí misma una dedicación exclusiva. Así, el sacerdote es llamado a llevar una existencia acorde con su función, y de aquí la conveniencia del celibato. Estas perspectivas son ilustradas a través de los desarrollos de Balthasar (pp. 193-198) y Tomás de Aquino (pp. 198-220).

La fecundidad de la cruz es ofrecida por medio del don exclusivo: el sacerdote no puede separar su vocación de su misión, la llamada del servicio a los hermanos (cfr. pp.

223-230). Así, a Touze le parece que un celibato «contingente» o «potencialmente opcional» no expresa la plenitud y la exclusividad del don de la esponsalidad. Así, propone en torno a la cuestión del celibato una especie de puente entre consagración y misión, entre la ontología del sacramento del orden y el ejercicio de su ministerio (cfr. p. 263). La representación de Cristo-cabeza exige por tanto una totalidad y exclusividad que es expresan en el don esponsal del celibato, análogo a la entrega de Cristo a su Iglesia. Además, está el mencionado paralelismo entre el presbiterado y el episcopado, donde también el obispo establece una relación nupcial con su Iglesia local, y aquí el celibato-continencia ofrecería también un testimonio martirial (cfr. pp. 230-249). Como consecuencia, las dos nupcialidades –la del orden y la del matrimonio– podrían mantenerse separadas por el mayor bien de la comunidad y por la mayor capacidad misionera que el celibato ha demostrado siempre a lo largo de la historia (cfr. p. 255). De esta forma, nos encontramos ante una justificación no sólo funcional, sino también ontológica, que deriva de su origen sacramental y de su orientación al servicio exclusivo a la eucaristía. El «futuro del celibato sacerdotal» depende pues sobre todo del tenor de la vida espiritual que expresa (el autor lo pone en relación con la caridad y la santidad sacerdotales) y de los impulsos del Espíritu en la Iglesia.

Pablo BLANCO

Antonio LIZCANO, *La Confesión, Sacramento de la contrición*, Burgos: Monte Carmelo, 2012, 152 pp., 17 x 25, ISBN 978-84-8353-519-6.

El Catecismo de la Iglesia Católica, recuperando la tradición sobre todo del Oriente cristiano, ha subrayado la dimen-

sión terapéutica del septenario sacramental, en lo que respecta a los signos sagrados de la Reconciliación y la Unción de los enfermos.